

Urquijo, Mikel: *Pilar Careaga. La alcaldesa de Franco, Madrid, Los libros de la Catarata, 2025, 254 pp.*

Iker Madrid Trueba

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)

Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda

iker.madrid@ehu.eus

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.106494>

La primera ingeniera de España, la única alcaldesa de capital de provincia durante la dictadura de Franco, la primera mujer que ETA intentó asesinar, no contaba hasta ahora con una biografía completa. Mikel Urquijo, que ya había realizado una preliminar aproximación a la labor al frente del consistorio de Pilar Careaga en *Bilbao desde sus alcaldes. Diccionario biográfico de los alcaldes de Bilbao y gestión municipal en tiempos de dictadura (1937-1979)*, publicado en 2008, ha conjugado una multiplicidad de fuentes primarias, a través de la búsqueda de información en prensa y sobre todo del rastreo de diversos archivos, 28 en total, extranjeros incluidos, para completar la trayectoria vital del personaje. Cabe destacar el vaciamiento que el autor ha realizado del archivo personal de la alcaldesa, que contiene correspondencia (fundamental para conocer la evolución de su pensamiento político y sus opiniones más contingentes), documentación privada, así como numerosos documentos generados en su ejercicio como autoridad municipal. Hasta que la Fundación Gondra Barandiarán adquirió y depositó dicho Fondo en el Ayuntamiento de Bilbao, hará un par de años, no se sabía de su existencia ni, por consiguiente, se había trabajado con este material.

El libro, que sigue una secuencia cronológica, está dividido en diez capítulos. En el primero se delinea la primera fase vital y principalmente el círculo más cercano y el espacio de sociabilidad, constituido por miembros de las grandes familias de Bilbao, en el que creció y se formó Pilar Careaga, nacida en Madrid en 1908. Un entorno de clase, altamente endogámico, con apellidos que replican, que compartía lugares de recreo, aficiones, clubs lúdico-deportivos, consejos de administración y, generalmente, pensamientos reaccionarios. Esta burguesía financiera e industrial, de la que la familia Careaga Basabe era parte, dominaba tanto a nivel económico –las empresas punteras del País Vasco se hallaban en pocas manos–, como en el plano político: siendo parlamentarios, integrándose en los Gobiernos provinciales, condicionando los votos de sus trabajadores, cuando hizo falta financiando la deposición de un régimen político que no les interesaba, como ocurrió en el 36, y llegando al cenit de poder durante la dictadura franquista. Este *imperio de Neguri*, como lo definió Gregorio Morán, permite entender alguno de los posicionamientos de Pilar.

Tras un breve capítulo desgranando la formación académica de la primera mujer que condujo un tren en España, Urquijo se centra en los pasos iniciales dados por la protagonista como activista de extrema derecha. Incorporada, ya a finales de los años veinte, a las filas del monaquismo antiliberal, con un pensamiento tradicionalista que defendía la unidad de España y criticaba directamente el nacionalismo vasco y al gobierno republicano, participó en la Agrupación de Defensa Femenina, apoyó la creación de Acción Española, fue candidata a Cortes en Vizcaya en representación de Renovación Española, intervino en mítines y justificó el derrocamiento del sistema republicano por métodos violentos. Asimismo, gracias a los archivos, el catedrático demuestra la participación de la futura alcaldesa en la preparación y financiación del golpe de

Estado. Este apartado se cierra con las vicisitudes vividas por Pilar Careaga durante la guerra; que empezó por su paso como prisionera por las cárceles de Larrinaga y de Los Ángeles Custodios y la terminó en el frente de la capital como delegada de Madrid de Asistencia a Frentes y Hospitales. Por esta participación, al término del conflicto, le fue otorgada una condecoración que rara vez recibían mujeres: la Cruz Roja del Mérito Militar.

El Nuevo Estado erigido tras la victoria nacional representaba y estaba incardinado por los rasgos ideológicos que articulaban la identidad política de la recién instalada en Getxo: un nacionalismo español que rechazaba frontalmente lo que ella denominaba *bizkaitarrismo*, un monarquismo transmutado en lealtad absoluta a Franco y una fe católica tradicional; en suma, el nacionalcatolicismo vertebrador del franquismo. En el cuarto capítulo, precisamente, se dedican unas cuantas páginas a narrar el desencanto que Careaga desarrolló con la otra Iglesia que emergió al calor del Concilio Vaticano II, con esos sacerdotes “transformados en agentes provocadores de agitaciones y desórdenes”. Estos desencuentros continuaron siendo ella máxima autoridad municipal, hasta el punto de quedar excluido el ayuntamiento de forma oficial de distintas ceremonias religiosas o dejarse de celebrar el Te Deum por la liberación de Bilbao.

En la larga posguerra, y esto viene a analizar la quinta parte del libro, la militante de Falange colaboró con y participó en una larga lista de entidades religiosas y benéficas. A lo largo de los años cuarenta, cincuenta y sesenta fue intercalando su compromiso y liderando numerosas iniciativas, y la podemos encontrar reanimando la religiosidad popular, gestionando la construcción de nuevas parroquias, ayudando a atender y guiar moralmente a los migrantes que llegaban a la provincia o marchaban al extranjero o siendo una de las propulsoras de la Asociación Vizcaína Pro Subnormales. Su fidelidad al régimen, su activismo, las estrechas relaciones que mantenía con miembros del Gobierno y su inclusión en las clases bien de la región conllevó, como explica el autor en el apartado posterior, su nombramiento como diputado provincial de Bizkaia en 1964. De nuevo, se trató de una excepcionalidad, ninguna otra mujer formó parte de dicha institución durante el franquismo.

En 1969, como habían hecho hasta entonces otros representantes de las buenas familias vizcaínas, en su caso por requerimiento del ministro de la Gobernación a petición del gobernador civil de la provincia, accedió al cargo de mayor responsabilidad que ocuparía en su vida, la alcaldía de Bilbao. En este capítulo, el más extenso del libro, Urquijo va centrándose en los leitmotiv de la labor municipal de Pilar Careaga. Como directora del consistorio en pleno tardofranquismo tuvo que hacer frente, con un presupuesto limitado, a una serie de carencias infraestructurales, que venían arrastrándose, análogas a las de otras grandes ciudades y que estaban relacionadas con el modelo de crecimiento urbano (descoordinado y desordenado, anárquico, atravesado por la especulación, incapaz de prever, etc.): el abastecimiento de aguas, la contaminación, las insuficientes plazas escolares, el alcantarillado, el asfaltado o las deficientes comunicaciones –puerto, entradas por carretera a la ciudad, aeropuerto–. En el transcurso de su mandato, la propietaria del Palacio Eguzkialde entró en confrontación con sus demonios familiares: el clero subversivo, el nacionalismo vasco separatista y una presión vecinal constante que terminaría forzando su no continuidad en dicho puesto. Desde 1970, tal y como se indica en el octavo bloque, concilió la alcaldía con su participación en Cortes como procuradora.

Hay un elemento, ya señalado en el propio título, que atraviesa toda la obra y que ejerce como conclusión. Se trata de la contradicción representada por Pilar Careaga, que también encarnaron muchas militantes de primera línea de la Sección Femenina, entre la narrativa conservadora que defendía y la práctica y existencia moderna que personificó. Nunca abandonó el discurso de género conservador, ni la visión tradicional de las relaciones de género, ni si siquiera al morir el Caudillo su adscripción a las posiciones más reaccionarias (se alineó con el bunker, fue miembro fundador de la Fundación Nacional Francisco Franco y llegó a denominarse a sí misma como *piñacista*). Sin embargo, sus opciones de vida quebraron constantemente los roles de la feminidad tradicional y sumisa que ella consideraba que la mujer debía reproducir: integrándose en la vida pública, participando en política, siendo dirigente en un universo masculino y abriendo caminos hasta entonces vedados para las mujeres.

Otra potencialidad del libro es que permite, a partir del caso concreto de la actividad municipal de Pilar Careaga, destapar y esclarecer elementos estructurales del régimen franquista: la crisis del franquismo en su etapa final, las lógicas clientelares –el sistema de recomendaciones–, las tensiones entre los ayuntamientos y las asociaciones familiares, la supeditación de los consistorios a las decisiones del Ejecutivo central, la incapacidad de las corporaciones para dar respuestas a las exigencias del movimiento vecinal –desde el alumbrado al sistema hídrico pasando por los puestos escolares nacionales– o la estrecha relación entre los políticos locales y los intereses de las grandes empresas (véase el caso de la contaminación industrial, con Erandio como ejemplo paradigmático, que se saldó con dos muertos), esto es “la gestión de lo público en beneficio de los intereses económicos de esta gran burguesía”. En suma, como toda buena biografía, Mikel Urquijo ha sabido combinar lo local y personal del personaje con el ambiente, el entorno y el momento histórico en que vivió, y ha clarificado nuevos aspectos del franquismo, del papel de las grandes familias vizcaínas y de la evolución del Bilbao desarrollista utilizando como hilo conductor la trayectoria vital de *la alcaldesa de Franco*.